

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

APICIVS, *L'art culinaire*, París, Les Belles Lettres,
1974, XXXII + 235 pp.

Era una hermosa mañana de verano, todavía agradablemente fresca, cuando, saliendo del "métro" en la estación Rennes, caminé hasta el 95 del Boulevard Raspail, cuya puerta de ochava aún no se había abierto.

La espera de la hora de apertura provoca un inevitable engolosinamiento ante la muestra de libros expuestos en el escaparate de la librería, actitud que dejó de ser metáfora al descubrir *L'art culinaire* de Apicio, que Les Belles Lettres acababa de reeditar, sobre la base de la tirada inicial, hecha, también en París, por Klincksieck, en 1965. El texto ha sido establecido, traducido y comentado por Jacques André, director de estudios de la Escuela Práctica de Altos Estudios de París.

Los títulos de los diez libros que abarca el tratado propiamente dicho están en griego, lo que hace deducir al curador que son "témoin de remaniements subis par le livre lors de l'intégration de nouvelles recettes, sans doute celles qui furent empruntées à des ouvrages grecs" (p. XV).

El texto de Apicio ha sido presentado por el editor en la lengua de los siglos IV-V, según los códices que facilitaron su conservación y transmisión, con no muchas pero sí notorias diferencias respecto del estado de lengua de comienzos de nuestra era, en cuya centuria inicial vivió el goloso gastrónomo romano.

Que se trata de un latín tardío resulta evidente cuando se yuxtaponen formas casuales distintas en una misma función sintáctica; p. ej.: "sil montanum, silfi, mentam siccam, acetum, liquamen" (III 5,81), en una enumeración en que predomina imperfectamente el acusativo; "piper, liquamine, careno uel passo" (III 8,86), en otra donde, a pesar de la voz inicial, correspondería sólo ablativo de acuerdo con su carácter de aposición a un complemento de lugar *ubi*. Precisamente *piper* y *silfi* sufren permanente dislocación con respecto a los requerimientos ortodoxos de la sintaxis clásica. La primera, cuando el contexto exige alguna función que concierne al ablativo, sólo rara vez es reemplazada por la forma *pipere*. El profesor André pone sobre aviso acerca de las anomalías de construcción, cuyo conjunto reúne en cuatro grupos: "1) Les listes de produits, généralement à l'accusatif, peuvent

comprendre des nominatifs et des génitifs partitifs figés (*silfi*). 2) La dose peut être indiquée par une apposition: e. g. *acetum ciatos II*. 3) Certains verbes sont construits avec deux compléments à l'accusatif; ce sont ceux qui signifient 'remplir, arroser, mouiller', *replere, suffundere, temperare, aspergere*, etc. 4) Certains formes casuelles sont figées: ainsi *pipere* en fonction d'ablatif dans formules constantes" ("Introduction", pp. XX-XXI).

A las recetas auténticas de Apicio sigue una "Excerpta" compilada por Vinidario, en la que algunas formas como *que*, por el relativo *qui*, y como *hec*, por el demostrativo *haec*, definen con su sola presencia la intervención de alguna mano tardía en el texto conservado.

Para un lector actual debe de ser, sin duda, muy llamativo y, en cierta medida, desprejuiciante el advertir cómo ya entonces se alteraban algunas viandas para que simulasen una calidad de la que carecían: "ut mel malum bonum facias" (I 11,16), o se sirviese a un incauto comensal un manjar sin su principal ingrediente: "patina de apua sine apua", cuya receta concluye con la terminante seguridad de que "ad mensam nemo agnoscet quid manducet" (IV 2,139). Hasta el bacalao se podía guisar. . . ¡sin bacalao!, siguiendo las directivas de Apicio en las recetas 430, 431 y 432. Pero indudablemente lo más asombroso para un porteño, sufrido de engañifas o avezado a las trampas, ha de ser encontrarse con una fórmula en que Apicio adiestra en la manera como "unum ex atro candidum facies" (I 5,7), que no se reduce al simple expediente de echarle agua, como se lee en algún pasaje de Plauto, o como saben maniobrar algunos aprovechados proveedores de nuestro tiempo con el mezquino propósito de acrecentar fraudulentamente el volumen de su negocio.

Además de las recetas, el versado "chef" lanza advertencias para calibrar la calidad de algún componente: "mel corruptum ut probes" (I 11,17), así como ciertos récipes más bien medicinales: "urticarn feminam, sole in ariete posito, aduersus aegritudinem sumes, si uoles" (III 17,108), quizá como contraveneno de tantos manjares morbosos cuya ingestión fuera capaz de alterar el correcto funcionamiento de los órganos digestivos.

A veces Apicio, no contento con desplegar una receta, aconseja un buen ordenamiento para la presentación del manjar: "Ouis crudis obligabis, adordinabis, cuminum minutum asperges et inferes" (IV 2,144).

La obra, en su mayor parte, consta de fórmulas que el autor ha ido recopilando de diversas fuentes, sin perjuicio de haber añadido algunas creaciones dictadas por su propia experiencia y talento culinario, como la "sala cattabia Apiciana" (IV 1,126), "patinam Apicianam" (IV 2,141), "minutal Apicianum" (IV 3,167), "conciclam Apicianam" (V 4,196), "anserem elixum calidum ex iure frigido Apiciano" (VI 8,235), "ofellas Apicianas" (VII 4,263), "porcellum lacte pastum elixum calidum iure crudo Apiciano" (VIII 7,372), cuya paternidad delata el reiterado patronímico.

Pero ¡cuál no será el asombro del lector o el estudioso rioplatense cuando llegue al pasaje en que el sibarita, al explicar cómo se asan "lumbi et renes" (VII 8,289), se anticipa largamente a nuestra parrillada de achuras!

Como, p. ej., "absintium Romanum sic facies" (I 2,3), la mayor parte de las explicaciones se construyen en segunda persona, la que deviene así expresión impersonal, porque el maestro de cocina se dirige no a un interlocutor determinado, como en los diálogos ciceronianos, sino a un anónimo y quizá lejano lector. Sin embargo, de tanto en tanto se entremete la tercera: "caccabus ferueat" (IV 2,163), al pasar a sujeto algún sustantivo común; o comparten el período ambas construcciones: "Coliculi elixati in patina compositi condiuntur liquamine, oleo, mero, cumino, piper asparges, porrum, cuminum, coriandrum uiridem super concides" (III 9,89), al sumarse a los elementos utilizados una acción oportuna del presunto cocinero.

Así como en nuestro tiempo el dueño de un recetario suele hacerle añadidos de su puño y letra cuando adquiere nuevas fórmulas, también han sido impuestas al de Apicio, donde la filología, mediante los usuales corchetes, encuadra como agregados dos recetas del muy curioso y erudito Varrón de Reate (III 2,70 y VII 14,308) que el profesor André tilda de "note marginale de lecteur passée dans le texte" ("Commentaire", p. 194).

Muy contento con el libro de cocina romano comprado en París, y siguiendo el paradójico ritmo de nuestro tiempo, con una sopa de "vermicelli" transparentes que rebosaban de un bol arrocero de industria japonesa, restauré energías en un figón chino próximo a la Madeleine.

ALBERTO J. VACCARO

HELLWIG Antje, *Untersuchungen zur Theorie der Rhetorik bei Platon und Aristoteles*. Hypomnemata 38, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1973, 374 pp.

Si bien son numerosas las investigaciones filológico-filosóficas que han encarado el problema de la Retórica en Platón o en Aristóteles, no son tantas las que han intentado un análisis comparativo en forma exhaustiva de esta temática en ambos autores como lo hace A. Hellwig en su sustancioso estudio presentado como Disertación Inaugural en la Univ. de Bonn en 1970. El expreso propósito de la autora consiste en contrastar recíprocamente las exigencias que ambos pensadores plantean a una Retórica filosófica.

En un primer capítulo se investigan las "definiciones" de la Retórica y sus implicancias. Como textos centrales se toman para Platón: *Gor.* 453a2 y *Phr.* 261a7s.; y para Aristóteles: *Rh.* 1354a1 y 1355b26s. Aquí se establecen las semejanzas y diferencias con respecto a los oradores tradicionales y coetáneos y a su vez se comparan entre sí las expresiones de ambos filósofos por la referencia a un esquema objetivo de relaciones válido para la Retórica. Este esquema incluye por el lado formal el método y por el lado del contenido: la cosa, el oyente y el hablante (orador); a esto se agrega el indispensable conocimiento del τέλος de la τέχνη. Precisamente siguiendo este esquema la autora lleva adelante la investigación en los siguientes capítulos, centrándose en los mencionados 3 factores: cosa (o materia), oyente, orador.

En el capítulo dedicado a la materia de la Retórica se estudia en primer lugar la relación entre conocimiento y Retórica que Platón y Aristóteles postulan. El primero exige del orador explícitamente el conocimiento de lo justo, lo bueno y lo bello (δίκαιον - αγαθόν - καλόν) con lo cual perfila un campo de conocimiento válido para todo hacer humano, sin asignar por tanto una materia específica a la Retórica. Aristóteles va más allá del conocimiento de los tres valores exigidos por su maestro; para él es necesario un conocimiento, por ejemplo, de la política y lo que ella implica (finanzas, guerra, legislación, etc.). El orador "aristotélico" debe conocer tanto como el "platónico" la esencia y el valor de una cosa, pero en Aristóteles se pone de manifiesto para qué sirve ese conocimiento en el discurso concreto. Platón señala como base para el proceso de apropiación del conocimiento el mé-

todo de la Dialéctica, Aristóteles por el contrario excluye del campo de la Retórica toda discusión sobre el método de conocimiento. Mientras Platón no necesita nombrar determinadas materias para la Retórica, Aristóteles debe seleccionar entre la cantidad de conocimientos posibles aquellos que correspondan a ella. De allí que para este último se imponga presentar una ordenación de la "materia". Esta clasificación la realiza según los principales géneros (γένη; retóricos. Este problema lo aborda A. Hellwig en la segunda parte de este capítulo, señalando a su vez los criterios y las ventajas (fundamentalmente la profundización y sistematización de las anteriores formas de clasificación) de la división aristotélica en los tres γένη que luego devendrán tradicionales: συμβουλευτικόν, ἐικανικόν y ἐπιδεικτικόν (deliberativo, judicial, demostrativo). En el tratamiento de la materia de la Retórica se evidencia la tendencia característica que anima a Aristóteles: la orientación hacia la praxis concreta.

A continuación pasa la autora a analizar el segundo elemento del esquema: el objeto de la retórica, es decir, el oyente, cuya reacción es precisamente la meta que persigue la τέχνη. Platón exige del orador no sólo el conocimiento del "cómo" sino también del "por qué" de la influencia del discurso en el oyente. De allí la exigencia de una "psicología" que pueda aclarar el conjunto de efectos que el *logos* tiene sobre el alma. A la psicología platónica dedica A. Hellwig una gran parte de esta unidad, pasando revista al alcance de la doctrina sobre el alma, el método para la indagación de esta última y por fin las consecuencias que todo esto tiene para la Retórica. Con respecto a la psicología aristotélica se analiza el tratamiento de los πάθη en la *Retórica* y su aplicación para la producción de la πίστις en el alma del oyente. En fin se establece la comparación entre ambas concepciones, destacando las diferencias existentes y el aporte especial de cada una. Platón subraya el método con el cual puede ser investigada el alma humana (el objeto) y este método incluye el momento del conocimiento del *Vniuersum* (το ὅλον). Es importante además la diferenciación de las distintas clases de almas y de *logos* y sus relaciones de "influenciabilidad". La dificultad de la doctrina platónica reside en la realización del conocimiento en la práctica concreta. Allí debe jugar la correcta apreciación del καρπός, tema que no es ulteriormente tratado. La enumeración y representación de las δυνάμεις individuales por parte de Aristóteles queda atrás de la exigencia platónica en el sentido del conocimiento de la naturaleza del

alma y sus clases. Pero por otra parte desenvuelve detalladamente la consideración de las distintas posibilidades concretas que se ofrecen para la producción del πάθος en el alma del oyente, es decir, lo que se podía suponer bajo el concepto de καίρος encuentra aquí un desarrollo.

En un último capítulo se estudia el tratamiento que Aristóteles y Platón presentan del ἦθος τοῦ λέγοντος (carácter del orador). Para ambos es este una positiva cualidad moral y los factores en los cuales se fundamenta son semejantes. Sin embargo aparecen nuevamente diferencias: Aristóteles considera el ἦθος en primer lugar en vistas a su función en el proceso de persuasión; Platón lo formula como una condición básica de la Retórica. En Aristóteles es el ἦθος τοῦ λέγοντος la impresión de la personalidad moral (el oyente juega por tanto un papel cada vez más decisivo), para Platón es la personalidad moral misma. De este distinto punto de vista se sigue a su vez otra serie de diferencias a nivel de las exigencias prácticas que ambos plantean al orador.

Finalmente, y en forma de *excursus*, se investiga el problema del orden (τάξις) retórico en Platón, tomando como base el *Fedro*. Especial importancia reviste aquí el análisis del primer discurso de Sócrates (en cuanto constituye una "contramuestra" del discurso de Lysias), ya que en él aparece con claridad el principio que determina la ordenación retórica. En última instancia es la Dialéctica la que posibilita el ordenamiento. Ese orden básico, interior al discurso, debe hacerse también exteriormente visible, pero los medios de ordenación externos reciben su justificación de aquel.

De destacar es la exhaustividad y profundidad con la que son tratados los problemas individuales, así como la enorme literatura secundaria manejada a lo largo de la obra (y que no se reduce sólo a los 145 trabajos citados en el índice bibliográfico).

En fin, el trabajo es apropiado no sólo para quien pretenda estudiar en especial el tema de la Retórica en Platón y Aristóteles, sino también para quien se ocupe de la Retórica en la Antigüedad en general, dadas las relaciones constantemente trazadas hacia autores anteriores y posteriores a Platón y Aristóteles.

RAMÓN CORNAVACA